

Para quienes vivimos en la ciudad de México resulta obvio escuchar que nuestras vidas transcurren en una atmósfera altamente contaminada. Nuestros ojos enrojecen y lloran, la garganta se seca, arde, la cabeza nos retumba y las gripes nos duran varias semanas. El invierno es temible y deseamos migrar como algunas aves lo hacen al tornarse inhóspito su medio durante cierta época. Quizá menos banal sea lo que realmente constituye una inversión térmica o lo que es el monitoreo realizado por la SEDUE, que se traduce en el famoso IMECA ¿Podemos guiar nuestras vidas por esta información? Y es seguro que la verdadera dimensión de las concentraciones de ozono, partículas suspendidas y demás sustancias contaminantes presentes en nuestra muy particular atmósfera sea desconocida.

Es ahí en donde la divulgación científica se vuelve un vehículo para la comprensión del medio que nos rodea, información básica en la búsqueda de soluciones a esta problemática, en la toma de decisiones, en la cual la participación ciudadana es fundamental. Los habitantes de la Ciudad de México debemos conocer a fondo la situación que vivimos, dejando a un lado demagogia y disfraces de cifras. Sólo así lograremos tener una visión completa y saber hasta dónde podemos y debemos participar individualmente, y cuándo es necesario exigir a las autoridades la implementación de medidas que verdaderamente detengan el deterioro que ha sufrido el aire de lo que fuera "la región más transparente". Volver nuestro aire respirable y nuestra ciudad habitable.